Benito Cereno



Herman Melville, 1819-1891

Benito Cereno

Herman Melville



BIBLIOTECA NUEVA
de AVENTURAS

EDICIÓN: José Ramón Díaz Gijón
DISEÑO DE LA COLECCIÓN: Rojo horizontal
ILUSTRACIONES: Ariette Imbert

Título original: *Benito Cereno*

© De la traducción: Biblioteca Nueva, Madrid 2012
© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2012
Almagro, 38
28010 Madrid
www.bibliotecanueva.es
editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-547-6
Depósito Legal: M-34112-2012

Impreso en Lável Industrias Gráficas S. A.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Prólogo

Se sabe muy poco de la vida de Herman Melville. Se embarcó siendo muy joven, y de aquellos viajes obtuvo el material necesario para sus novelas. Después regresó a tierra, empezó a escribir sin mucho éxito y durante años tuvo un trabajo de funcionario. Paradójicamente, se puso a escribir el libro por el que mucho tiempo después sería recordado justo cuando empezaba a ser olvidado, y su muerte apenas fue reseñada en algún periódico. Hoy, sin embargo, es considerado uno de los grandes maestros de la literatura, responsable de sentar las bases de la gran novela americana.

Nació el 1 de agosto de 1819 en Nueva York. Fue el segundo de los ocho hijos de Allan Melvill (la «e» se añadió posteriormente), un próspero comerciante especializado en accesorios, y Maria Gansevoort, que pertenecía a una poderosa familia de terratenientes holandeses asentados en Albany.

Su progenitor había resultado ser un buen estudiante que, después de viajar a París, montó su propio negocio de importación de prendas de confección en Albany y Boston. Más tarde se trasladaría a Nueva York, convencido de que el éxito al que estaba llamado se encontraba en un inesperado golpe de fortuna o en el cierre de algún ventajoso negocio. Tal

era la confianza que tenía en sus posibilidades que desde siempre habituó a su numerosa familia a vivir con comodidad —por lo que, durante este tiempo, en casa de los Melville nunca faltaron mayordomos, cocineros o niñeras—, y no renunció a ese grado de opulencia ni siquiera cuando su negocio de importación empezó a dar evidentes señales de que su estrella se estaba apagando.

Su empeño en vivir por encima de sus posibilidades —a base de solicitar continuos préstamos que después no podía devolver— lo llevó a la desesperación. Una noche se vio obligado a huir de Nueva York y suplicar ayuda a su propio padre, el viejo comandante Thomas Melvill: «Me he quedado sin recursos y sin un chelín —le escribió en una carta fechada en diciembre de 1830 desde Albany—, y es posible que muy pronto me denuncien por no pagar el alquiler de mi última vivienda. Sin ayuda urgente no sé qué será de mí»[1]. Durante dos años trató de sacar adelante una tienda de pieles y gorras recurriendo a la pésima costumbre de añadir a las viejas deudas nuevos préstamos. Pero el exceso de trabajo y las preocupaciones le pasaron factura. Afectado mentalmente por la ruina económica y enfermo de neumonía, murió a los cincuenta años en medio de delirios, dejando a su familia en una situación financiera muy delicada.

[1] Andrew Delbanco, *Melville*, Barcelona, Seix Barral, 2007, pág. 29.

Gansevoort, hermano mayor de Herman, se puso al frente del negocio familiar al conseguir varios créditos, y durante un tiempo cosechó un inesperado éxito. Pero, al igual que su padre, pronto se vio obligado a suspender pagos, y la viuda, después de vender sus muebles y otras posesiones, decidió trasladarse junto a su familia al pueblo de Lansingburgh con la idea de vivir más discretamente. Mientras, Herman dirigió sus esfuerzos a conseguir el título de maestro en la Albany Classical School, lo que le permitió impartir clases en un colegio, y a atreverse con sus primeras tentativas literarias, publicando en el periódico local «Fragmentos desde una mesa de escritorio».

Insatisfecho y abrumado por la situación familiar, Herman decidió con veinte años romper con todo, y en el verano de 1839 se enroló como mozo de camarote a bordo del *St. Lawrence*, un barco mercante que, cargado de algodón, iba a partir rumbo a Liverpool.

Gracias a su novela *Redburn*, publicada diez años después de aquella experiencia, sabemos qué le ocurrió a Melville durante este período de su vida en el que definitivamente dejó la infancia y se hizo mayor. Lo demuestra el hecho de que, en medio de una férrea jerarquía, en el *St. Lawrence* se enfrentó a otra forma de vida, conviviendo con personajes como Jackson, un temible matón consumido por una enfermedad venérea que había trabajado en un barco negrero donde los esclavos eran cargados como fardos y arrojados al mar cuando morían en-

cadenados por el esfuerzo. Y en Liverpool, la primera ciudad extranjera que visitó, donde se sintió vivamente impresionado al observar cómo los cadáveres se amontonaban en las cunetas mientras que los impávidos viandantes los miraban con indiferencia. También rememoró su experiencia regresando a casa en un barco repleto de emigrantes irlandeses que, hambrientos y asustados, se hacinaban en la proa ansiosos por divisar la deseada costa norteamericana. La cruda realidad xenófoba que los esperaba, sin embargo, era bien distinta a sus anhelos, y Melville se sintió conmovido frente a aquellos miserables que eran tratados como perros. Con un estilo autobiográfico y realista echó mano de sus recuerdos marineros y los envolvió con otras experiencias urbanas.

Herman regresó a casa en septiembre de 1839, y comprobó que allí las cosas seguían igual. Su altiva y dominante madre, acuciada por los acreedores, se enfrentaba a embargos hipotecarios que amenazaban sus bienes inmuebles. Dispuesto a echar una mano consiguió trabajo en una tienda, después aceptó un puesto de oficinista en un banco y más tarde de maestro en la escuela de Greenbush —a veintiún kilómetros, que tenía que recorrer a pie—, pero ésta se quedó sin fondos, y Herman perdió su trabajo.

En junio, junto a su amigo Eli Fly, quisieron probar suerte y se dirigieron al Oeste, siguiendo a una corriente de inmigrantes en busca de oportunidades.

La oportunidad, en realidad, tenía un nombre: Thomas Melville, tío de Herman, que vivía en Galena (Illinois). Pero se encontraron con que el canalla de Thomas estaba envuelto en problemas legales por malversación de fondos, así que, frustrados, se dedicaron a vagabundear durante un tiempo. Sin saber qué hacer, decidieron dirigirse primero a Búfalo, después a Chicago —viajando en barcos de vapor por los Grandes Lagos— y finalmente regresaron a Nueva York.

Sin perspectivas en tierra, Herman se dirigió al puerto de New Bedford, y el 3 de enero de 1841 decidió embarcarse como marinero raso en el primer viaje del ballenero *Acushnet*, rumbo a las Indias Orientales. Sabía que cazar ballenas era un buen negocio, aunque es posible que estuviera al tanto de que por el sistema de asignación establecido sólo le corresponderían unos pobres ingresos, y también que era una interesante forma de correr aventuras dado el aire romántico y mítico que rodeaba este oscuro mundo de misteriosas ballenas. El barco recorrió las Azores, las islas de Cabo Verde, Río de Janeiro y, tras cruzar el Cabo de Hornos, llegó a Perú; después continuó hasta las islas Galápagos, las islas Sandwich y, por fin, seis meses después, fondeó en la bahía de Nukuheva, en las islas Marquesas del Pacífico Sur.

Gracias a la narración de *Taipí* (1846) —la novela que Herman Melville escribió basándose en esta experiencia de su vida más lo que leyó en los libros que devoraba—, sabemos que debido a las duras condi-

ciones de trabajo en el barco entre hombres maduros de diferentes razas, la odiosa autoridad del capitán, las largas travesías sin tocar tierra y las escasas raciones con las que eran alimentados, Herman decidió desertar. Su compañero Toby Green, con el que había hecho buenas migas, lo acompañó, y ambos buscaron refugio en las montañas de la isla de Taio Hae. Habían cometido una grave infracción y sabían que serían perseguidos por ello, pero decidieron arriesgarse. Por entonces, las historias que se contaban entre los marineros acerca de aquellos misteriosos territorios oscilaban entre la idea de hallarse en un paraíso de exóticas mujeres —tal vez entre los pacíficos happar— o la de tener que enfrentarse a salvajes caníbales —como los temidos taipís—. Herman estaba agotado y sufría una dolorosa infección en la pierna que se había producido en su loca huida, pero, sorprendentemente, estos presuntos salvajes le obsequiaron con todo tipo de cuidados. Por un lado, en la novela se traza de forma un tanto atrevida la semblanza de la hermosa y voluptuosa Fayaway —que supuso la aparición de un nuevo tipo de mujer sexualmente excitante capaz de disparar la imaginación acerca de las bellezas polinesias—, pero sobre todo Melville cuenta cómo es atendido por el joven Kory-Kory, un nativo poco agraciado y horriblemente lleno de tatuajes que se encarga de cargarlo a sus espaldas, alimentarlo y dormir a su lado. Ciertamente estaba bien atendido, pero por razones poco claras —con el trasfondo de un supuesto canibalismo que

nunca aclaró del todo— tampoco lo dejaban marchar del poblado.

Primero fue Toby y después Herman, pero finalmente ambos consiguieron escapar. Envuelto en ropas indígenas y luciendo barba y melena, Herman embarcó en un ballenero australiano pequeño y sucio, el *Lucy Ann*, que se dirigía a Tahití. La situación, sin embargo, se volvió a repetir. Herman fue sometido a diversos ultrajes —así como gran parte de la tripulación—, lo que provocó un motín y la huida de éste, junto al ex cirujano Long Ghost, hacia la isla de Moorea. Allí aguantó dos meses —en los que, entre otras cosas, vagabundeó e intentó sobrevivir como plantador de patatas— hasta que consiguió embarcar en el ballenero *Charles and Henry* de Nantucket. Después dejó el barco en Lahaina, y en el puerto de Honolulú consiguió un contrato como contable y auxiliar de un tendero inglés.

El 1 de agosto de 1843 Melville embarcó como simple marinero en la fragata *United States*. Ésta puso rumbo a Nukuheva, Tahití y, tras bordear la costa sudamericana, a Valparaíso, Lima y Callo. La experiencia naval —narrada después en *Chaqueta blanca* (1850)— lo marcó profundamente, pues fue testigo de hechos que nunca había visto antes —flagelaciones, entierros en el mar, castigos poco justificados— y aprendió que debía vivir en un estado de alerta permanente si no quería romperse la crisma a las primeras de cambio. Melville dedicó varios de sus capítulos a detallar los horrores de los severos

y arbitrarios castigos, al tiempo que recurrió a la figura del esclavo negro para denunciar la opresión contra el hombre blanco en el trabajo, ya que su fin era llamar la atención acerca del maltrato a cualquier ser humano.

Más de un año después, el *United States* concluyó su periplo en Boston. Entonces Herman se licenció y regresó a Lansingburgh, donde, animado por su hermano mayor Gansevoort, comenzó la redacción de su primera novela *Taipí*, que concluyó en Manhattan. Aunque fue rechazada por la editorial Harper Brothers por la sospecha de que no era una historia real, se publicó finalmente en la editorial londinense de John Murray —con la condición de suprimir ciertas partes comprometidas— y, posteriormente, ya para América, en la editorial de Wiley & Puttnam, tras los elogios que recibió de Washington Irving. Tuvo un rápido éxito, aunque modesto —seis mil ejemplares en dos años—, e hizo de Melville un escritor conocido. Walt Whitman escribió que se trataba de «un libro extraño, elegante y muy ameno para sostener en las manos y leer con atención, soñadoramente, un día de verano»[2]. Pero también se ganó sin quererlo una reputación de autor exagerado. Ni siquiera el testimonio de su compañero de aventuras Toby Greene —publicado en el *Buffalo Comercial Advertiser*— avalando su versión

[2] En Elizabeth Hardwick, *Melville*, Barcelona, Mondadori, 2002, pág. 61.

consiguió dar credibilidad a aquella historia con la que europeos y norteamericanos habían fantaseado desde siempre.

En marzo de 1847 se publicó, en Londres, *Omú* —palabra polinesia que significa «vagabundo»—, y dos meses después apareció en Nueva York. Melville se inspiró en el motín a bordo del *Lucy Ann* para escribir una novela llena de incidentes y personajes en la que, sobre la base de la añoranza de un mundo mítico, se criticaba la influencia de los misioneros cristianos en aquellos pueblos paganos de los Mares del Sur.

Ese mismo verano se casó con Elizabeth Shaw, la encantadora y educada hija del juez supremo de Massachusetts, y fueron de luna de miel a las White Mountains de New Hampshire, en Montreal y Quebec. Gracias a la ayuda de su suegro se compraron una casa en la Cuarta Avenida de Nueva York. Y la estabilidad llegó a su vida, en la que puso fin a sus aventuras y se convirtió a partir de entonces en un escritor obsesivo[3]. Dos años después nacería Malcom, el primero de sus cuatro hijos.

[3] D. H. Lawrence escribió sobre él: «Melville regresó a casa para enfrentarse a los largos años que le quedaban de vida. Se casó, vivió el embeleso del noviazgo y cincuenta años de desencanto. Amuebló su hogar con desilusiones. No más Taipis. No más paraísos. No más Fayaways. Una madre: una arpía. Un hogar: una sala de torturas. Una esposa: una presencia con pies de barro. La vida: una suerte de desgracia… Todo el ignominioso asunto provocaba que ese hombre se retorciera de dolor. Melville se pasó ochenta años retorciéndose de dolor», ibíd., pág. 73.

Mardi (1848) —publicada en la editorial londinense de Richard Bentley y después en la neoyorquina de Harper— es una larga, desconcertante y compleja historia en la que Melville trató de desvincularse de sus dos novelas anteriores para escribir una novela pura, sin ningún tipo de restricciones, dando a conocer las ideas filosóficas que se había formado tras sus numerosas lecturas. Según lo veía el propio Melville, «al insistir en mi narrativa de *hechos* empecé a sentir una incurable aversión por la misma y un anhelo de recoger mis alas para el vuelo, y me sentí molesto, constreñido y encadenado por avanzar dificultosamente entre gastados lugares comunes, así que lo abandoné inmediatamente todo, y me puse a trabajar en cuerpo y alma en la novela»[4]. Pero fue rechazada por la crítica y por los lectores, que esperaban del autor el desarrollo de nuevas aventuras en el Pacífico protagonizadas por sugerentes sirenas y exóticos salvajes.

Sin desanimarse, se impuso un buen ritmo de trabajo, y en sólo cuatro meses escribió *Redburn* y *Chaqueta blanca*, aunque de la primera dijo que era basura y que la escribió sólo para poder comprar algo de tabaco. En octubre de 1849 viajó a Europa con la idea de encontrar editor para *Chaqueta blanca*. Visitó Londres —donde cenó con editores y escritores, compró libros y visitó catedrales y museos, en los que admiró las obras de Canaletto y, sobre todo, de William Turner— París, Bruselas, Colonia y Coblenza.

[4] Andrew Delbanco, *Melville*, ob. cit., pág. 140.

A su regreso a Norteamérica, Melville se trasladó con su familia a Pittsfield, en los Berkshires, la granja que compró su abuelo, y envuelto en gratos recuerdos infantiles empezó a trabajar en *Moby Dick*. En una carta a su editor inglés, Richard Bentley, le confesó que se trataba de «una novela romántica de aventuras, fundada sobre ciertas leyendas salvajes en las industrias pesqueras meridionales de la ballena esperma, e ilustrada con la propia experiencia personal del autor, de dos años y más, como arponero»[5]. Fue entonces cuando tuvo lugar un acontecimiento fundamental en su vida: allí, en la campiña de Massachusetts, conoció a Nathaniel Hawthorne, que curiosamente había redactado un buen comentario sobre *Taipí*. Impresionado por *Musgos de una vieja rectoría*, de Hawthorne, Melville escribió un ensayo crítico donde elogió su tenebrismo, ese mundo contradictorio y misterioso por el que se sentía tan atraído. El contacto con su nuevo amigo —se reunían muy frecuentemente para charlar hasta bien entrada la noche con un puro en la mano— le abrió una nueva perspectiva desde el punto de vista filosófico y metafísico, influido además por las lecturas, entre otros, de Milton, Virgilio, Goethe, Mary Shelley, Cervantes, Shakespeare y Carlyle. El resultado fue que aquel proyecto inicial adquirió una dirección y una forma completamente distinta. Se encontró con que su libro sobre las ballenas, una obra que en realidad aspiraba a narrar las verdades eternas del hombre,

[5] Ibíd., pág. 162.

se estaba convirtiendo en algo tan ambicioso que ningún escritor antes que él se había atrevido a realizar, y para ello estuvo dispuesto a dejar a un lado a lectores y crítica. Se publicó en Londres y Nueva York en 1851. Pero esta obra fundamental, sin embargo, tuvo poco éxito entre sus contemporáneos, pues en vida de Melville nunca agotó su primera edición de tres mil ejemplares. Hasta el escritor Joseph Conrad llegó a decir de ella que era «una rapsodia muy tirante sobre el tema de las ballenas» en la que «no di con un renglón sincero en sus tres volúmenes».

Un año después se publicó *Pierre y las ambigüedades*, una larga historia sentimental de trama compleja y con un incesto de por medio cuya acción se desarrolla en Manhattan. Cosechó muy malas críticas —unos lo acusaron de desperdiciar su talento y otros, llegando aún más lejos, proclamaron que se había vuelto loco—, y Melville se encontró en un momento muy delicado en que su popularidad estaba bajo mínimos. A estas alturas ya se había dado cuenta de que dedicarse al tipo de literatura que él defendía suponía renunciar al gran público. Además, en 1851 nació su hijo Stanwix, dos años después, su hija Elisabeth —que sufriría una severa artritis reumática que la retuvo siempre en casa de sus padres— y dos años más tarde, Frances. En poco tiempo, pues, se tuvo que enfrentar a grandes dificultades económicas —intentó en vano conseguir un puesto en un consulado—, así que no es extraño que por entonces afirmara que los dólares se habían convertido para él en una maldición.

Antes de publicar su siguiente novela, aceptó escribir relatos cortos para la revista literaria *Putnam´s Monthly Magazine*: «Bartleby, el escribiente» (1853), «Las Encantadas» (1854) y «Benito Cereno» (1855) —que posteriormente se reunieron en el volumen *Cuentos de Piazza* (1856)— y en los que decidió llevar a cabo sus denuncias de una forma distinta: con un narrador que no denuncia las injusticias, sino que participa de un modo u otro en la perpetuación de las mismas. En el primero de ellos, un hombre de leyes a punto de jubilarse pone un anuncio pidiendo un empleado para copiar unos documentos. A la oferta responde Bartleby, un «joven inmóvil» con una figura «pálidamente pulcra, lamentablemente decente, incurablemente desolada», a quien su nuevo jefe sienta junto a una ventana que «aunque daba alguna luz no tenía vista alguna». Pronto, sin embargo, Bartleby da muestras de un comportamiento extraño, ya que, pese a los requerimientos del abogado —que representa al hombre práctico de la sociedad capitalista— decide obviar sus obligaciones empleando siempre la misma frase afable: «Preferiría no hacerlo» —con lo que éste se convierte en un individuo voluntariamente aislado que ha perdido el interés por la vida normal—. En 1854 también se publicó en *Putnam´s* su novela *Israel Potter: sus cincuenta años de exilio*, una burla del estilo heroico cuyo escenario es la revolución americana.

Aquejado de problemas de salud —debidos a horribles ataques, dolor de espalda y problemas de

visión—, pero también por su preocupante estado mental, su suegro le financió un viaje a Europa y Oriente. Su ánimo mejoró ante la perspectiva de visitar, sobre todo, Grecia e Italia. Poco antes de su regreso se publicó *The Confidence-Man* (1857), sobre el tema de las estafas ingeniosas, que no tuvo ninguna repercusión. Con las deudas aún pendientes, durante un tiempo se dedicó con poco éxito a dar conferencias —a pesar de que esta forma de ganarse la vida no era muy bien vista— sobre cuestiones que a pocos interesaban y pronunciadas con una voz tan débil que apenas podía ser escuchado más allá de las primeras filas de su auditorio. Después trabajó en un libro de poemas sobre la guerra civil americana y las relaciones entre el Norte y el Sur, *Escenas de batalla y aspectos de la guerra* (1866), aunque sólo vendió un tercio de la edición.

Ese mismo año consiguió un trabajo como inspector del Servicio de Aduanas de cuatro dólares al día —seis días a la semana— en los muelles del río Hudson, que durante muchos años le proporcionaría seguridad económica. Aunque con menos apuros, la relación con Lizzie, que ya había pensado en alguna ocasión separarse de su marido, no mejoró mucho, pues estaba cada vez más convencida de que se había vuelto loco. Pero, a pesar de las dificultades, no lo abandonó. La relación familiar se volvió más tensa cuando su hijo Malcolm apareció muerto en su habitación con un disparo en la cabeza.

Más tarde, su tío Peter Gansevoort financió la publicación de *Clarel*, un extenso y complejo poema

de 18.000 versos divididos en 150 cantos. En él se cuenta la historia de un estudiante norteamericano que, con Tierra Santa como escenario, trata de buscar su fe perdida, y con el que Melville renunciaba a comercializar su obra.

A finales de 1885 dejó su puesto en la aduana porque, según su mujer, lo consideraba un trabajo demasiado pesado, y además se encontraba al borde del agotamiento mental y físico (apenas podía escribir ya a mano). Y por si fuera poco, durante este tiempo en el que Melville parecía hundirse cada vez más, la familia tuvo que lidiar otra vez con la tragedia: en febrero de 1886, su hijo Stanwix murió solo en un hotel de San Francisco. Desde el punto de vista económico la situación se alivió cuando Lizzie recibió una herencia, gracias a la cual Melville publicó un volumen de poemas titulado *John Marr y otros marineros* (1888) e imprimió por su cuenta unos pocos ejemplares de un volumen de poemas titulado *Timoleon and Other Ventures in Minor Verse*.

Ya muy enfermo, volvió a la prosa y empezó a escribir *Billy Budd*, que no terminaría nunca —se publicó en 1924, más de treinta años después de la muerte de su autor—. Lo hizo con plena libertad, consciente de que estaba llegando al final de su vida y en un momento en que su mujer y sus hijas se habían distanciado de él y poco le importaba ya reencontrarse con el aplauso del público o crítica. Imbuido por estas circunstancias, escribió el relato de un marinero joven y guapo sobre el que recae una acusa-

ción por supuestamente haber preparado un motín en un acorazado británico. Incapaz de defenderse por un bloqueo en el habla, el joven mata de un puñetazo a Claggart, su acusador, por lo que debe ser ahorcado. Se trata de una narración sublime que sirvió a Melville para, en la lucha entre el bien y el mal, hablar sobre la condición humana, intentando penetrar en la mente de los personajes, y que dedicó a John Jack Chase, un marinero alto y recio amante de la literatura a quien conoció a bordo del *United States*.

Poco después de la medianoche del 28 de septiembre de 1891 murió en su casa, a los setenta y dos años, a causa de una insuficiencia cardíaca. Su desaparición pasó inadvertida para sus contemporáneos.

Benito Cereno

El argumento de esta novela dramática y llena de suspense se fundamenta en un motín de esclavos a bordo del barco español *Santo Domingo* y los posteriores acontecimientos que se desarrollan cuando el buque, sin pabellón que lo identifique y entre brumas, llega al puerto de la isla de Santa María —en el extremo meridional de la costa chilena—, donde está fondeado el *Bachelor´s Delight* al mando del capitán norteamericano Amasa Delano[6].

[6] No es, sin embargo, una historia estrictamente de ficción, pues al parecer Melville se basó en el libro *Narrative of Voyage and Travels* publicado en 1817 por el capitán Amasa Delano.

El narrador, en tercera persona, nos muestra el proceso —marcado por tensiones y sosiegos que se suceden hasta alcanzar el clímax— por el cual el capitán Delano, ciego frente al mal, trata de comprender con mucha dificultad la verdadera situación en la que se encuentra la inquietante tripulación del *Santo Domingo* y sobre todo la de su capitán, el misterioso y desconcertante Benito Cereno, quien aparece siempre acompañado por Babo, un joven negro —líder de los rebeldes— que a ojos del capitán americano parece ejercer de criado.

Se trata de una obra de complejo simbolismo que ha suscitado diversas polémicas[7]. Se escenifica en un ambiente de tensa incertidumbre en la que el autor ahonda en los aspectos más sombríos del alma humana, desvelando los secretos del racismo, y cuyo marco le permite al mismo tiempo cuestionar la política y la sociedad norteamericana. En el momento en que Melville escribió esta novela, en la sociedad norteamericana parecía estar a punto de producirse una rebelión de los esclavos, y defensores y oponentes de la esclavitud se enfrentaban en

[7] «Hay quien lo juzga la obra maestra de Melville y una de las obras maestras de la literatura. Hay quien lo considera un error o una serie de errores. Hay quien ha sugerido que Herman Melville se propuso la escritura de un texto deliberadamente inexplicable que fuera un símbolo cabal de este mundo, también inexplicable», prólogo de Jorge Luis Borges en Herman Melville, *Benito Cereno, Billy Budd, Bartleby, el escribiente*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1987, pág. 10.

un debate agrio y vehemente sobre un problema cuya resolución última era temida por todos. Y Melville tomó partido con esta historia que además se publicó en *Putnam´s*, una revista partidista comprometida con la causa de la lucha contra la esclavitud.

Melville, en suma, trata de llamar la atención sobre el hecho de que sus compatriotas son indiferentes a la injusticia con la que conviven en el mercado capitalista que se está abriendo paso en la América de los años cincuenta, y si bien los valores del Viejo Mundo —representados por el aristocrático mundo feudal de Benito Cereno— están en decadencia, no puede decirse tampoco que los del Nuevo Mundo —representados por la soberbia república a la que pertenece Amasa Delano, un capitán que, como muchos de sus contemporáneos, «se encariñaba con los negros no por humanitarismo, sino por afecto, lo mismo que les sucede a algunos hombres con los perros de Terranova»— sean su deseable recambio.

José Ramón Díaz Gijón

Benito Cereno

En 1799, el capitán Amasa Delano, de Duxbury, Massachusetts, al mando de un gran barco para el transporte de mercancías y la caza de focas, echó anclas con un preciado cargamento en el puerto de Santa María, nombre de una diminuta isla despoblada en el extremo meridional de la extensa costa de Chile. Ancló allí para aprovisionarse de agua potable.

Poco después del alba del segundo día, cuando el capitán descansaba todavía en su litera, el piloto bajó a informarle de que un barco desconocido estaba entrando en el puerto. Entonces era poco frecuente encontrarse con otros barcos en aquella parte del océano. Se levantó al momento, se vistió y subió a cubierta.

Era una mañana característica de esa costa. Todo estaba silencioso y apacible; todo era gris. El mar, aunque lo ondularan largas líneas de olas, producía la impresión de fijeza, y su refulgente superficie parecía como plomo enfriado y sedimentado en el molde del fundidor. El cielo semejaba un manto gris. Bandadas de aves grises inquietas, parecidas a las brumas grises con que se confundían, pasaban acariciando las aguas en vuelos raseros, igual que

las golondrinas sobre el campo antes de la tormenta. Eran sombras que presagiaban otras sombras todavía más espesas.

Para asombro del capitán Delano, que lo estaba observando por el catalejo, aquel velero desconocido no exhibía pabellón alguno, si bien era costumbre, entre marineros honrados, obrar de esa manera en cuanto se entraba en un puerto, por desiertos que estuvieran sus márgenes y con que otro navío hubiera anclado en él. Tal vez, al tener en cuenta la soledad y el desamparo de aquel lugar, y las historias que en aquel tiempo se narraban sobre esos mares, el asombro del capitán Delano se podría haber convertido en severa preocupación, de no ser persona de afable carácter y peculiarmente crédula, y poco inclinada, excepto ante un estímulo extraño y repetido, y aun así a duras penas, a ceder ante sentimientos de alarma que de alguna forma lo obligara a suponer que los hombres actuaban con maldad. Que decidan los sabios si, a tenor de todo aquello de que es capaz el género humano, tal rasgo de carácter pone de manifiesto o no una particular agudeza y exactitud de percepción intelectual, además de poseer un corazón bondadoso.

Sin embargo, fuera cual fuera el temor que pudiera haber suscitado al principio la aparición del extraño barco, habría desaparecido de inmediato en la mente de cualquier experto marinero, al observar cómo peligrosamente se acercaba a la costa sorteando el arrecife sumergido alrededor de su proa. Lo

que demostraba no sólo que desconocía aquella isla, sino además la presencia de la otra embarcación fondeada en su puerto. Por tanto, no podía tratarse de un acostumbrado corsario conocedor de esas aguas. Sin perder su interés inicial, el capitán Delano siguió examinándolo, molestado por las brumas que en parte ocultaban el casco, a través de las cuales la lejana luz matutina de la cabina brillaba de un modo confuso, semejante a la del sol, que lentamente iba elevándose sobre la línea del horizonte, como si fuera acompañando a la desconocida nave a la entrada del puerto. Aquella luz solar, semioculta igualmente entre nubes bajas y reptantes, se presentaba como el malvado ojo único de un intrigante de Lima que acechara a través de la plaza desde el agujero indio de su negra «saya-y-manto».

Tal vez fuera a causa de la niebla, el caso es que cuanto más se observaba la desconocida embarcación, sus maniobras resultaban más sorprendentes. No resultó fácil dilucidar si deseaba entrar o no en el puerto, o hacia qué otro objetivo apuntaban sus movimientos. El viento, que durante la noche había arreciado ligeramente, ahora soplaba más tranquilo e inseguro, lo que acrecentaba la aparente incertidumbre de su orientación.

Finalmente, considerando que se trataba de un navío en peligro, el capitán Delano ordenó lanzar al agua la ballenera y, a pesar de las sensatas advertencias de su piloto, decidió abordarlo y tomar el mando, al menos en su acceso al puerto. La pasada noche,

algunos marineros se habían alejado para pescar en unas rocas apartadas, situándose fuera del alcance del barco, y regresaron con un magnífico botín un par de horas antes del amanecer. Suponiendo que aquel barco desconocido debía de haber permanecido mucho tiempo en aguas profundas, el generoso capitán ordenó depositar unos cestos de pescado en la ballenera, como obsequio, y después dio orden de partir. Consciente del peligro que aquél corría, puesto que seguía navegando muy cerca del sumergido arrecife, acució a todos sus hombres a que apresuraran la partida, ya que era inevitable comunicar a sus tripulantes cuál era su situación. No obstante, antes de que la ballenera se aproximara, la dirección del viento cambió y, aunque no soplaba muy fuerte, orientó la nave alejándola del arrecife, dispersando la niebla que la rodeaba.

Al observarla más de cerca, la nave, distintamente encaramada en la cresta de las olas plomizas, con los jirones de niebla que la envolvían a un lado y a otro, surgió como un monasterio blanqueado tras una tormenta, como asomada a algún abrupto precipicio entre los Pirineos. Sin embargo, no fue un simple parecido fantástico lo que, de momento, hizo creer al capitán Delano que lo que tenía delante era un buque atestado de monjes. Observando sobre las amuradas, en la nebulosa distancia había algo que aparentaba una gran cantidad de negros capuchos, mientras que, visibles a intervalos a través de las portas abiertas, se distinguían imprecisamente otras

errantes y sombrías figuras moviéndose, como negros frailes paseando por el claustro.

Más cerca aún, aquel aspecto cambió, y se vio claramente la verdadera naturaleza del navío. Era un mercante español de primera clase, que, junto con otros valiosos cargamentos, trasladaba esclavos negros de un puerto colonial a otro. Se trataba de un barco muy grande y hermoso para su época, parecido a los que a menudo navegaban por aquellas aguas: veteranas naves con tesoros de Acapulco, o jubiladas fragatas de la Armada Real española que, como asolados palacetes italianos, mantenían aún indicios de un esplendor anterior, a pesar de la decadencia de sus dueños.

Según fue aproximándose la ballenera, se advirtió que la razón del raro aspecto de pipa de barro cocido que ofrecía el barco se debía al sucio descuido y abandono en que se hallaba. Las jarcias, masteleros y gran parte de las amuradas parecían forradas de lana por la falta de empleo del escobón, la brea y la rasqueta. Parecía que hubieran levantado su quilla y ajustado sus cuadernas en el Valle de los huesos secos de Ezequiel.

Pese a la ocupación actual de la nave, ni los aparejos ni el modelo original aparentaban haber soportado algún cambio con relación a la maqueta de nave de guerra estilo Froissart. Sin embargo, sobre la cubierta no se veían cañones.

Las cofas eran grandes, dispuestas en torno a lo que en otro tiempo fuera un velamen de forma oc-

togonal, actualmente en un estado desastroso. Esas cofas suspendidas en lo alto semejaban tres ruinosas pajareras, y subido a un flechaste de una de ellas se veía un pájaro bobo blanco, especie rara de ave denominada así por su gusto al letargo y sonambulismo, fácil de capturar en la mar simplemente con la mano. Agitado y humedecido, el dominante castillo de proa semejaba un anticuado torreón, atacado tiempo atrás, y abandonado a su propia ruina. Del lado de popa, un par de altas galerías del alcázar, con sus balaustradas revestidas a intervalos de algas secas igual que yescas, asomaban de la desierta cabina de mando que, a pesar de la calma reinante, tenía sus tapas de escotilla herméticamente cerradas y calafateadas.

Las yermas balconadas colgaban sobre el mar como si fuera éste el Gran Canal de Venecia. No obstante, la más distinguida reliquia de su ilustre pasado era el gran óvalo de la popa en figura de escudo, con las armas de Castilla y León enmarañadamente grabadas en él, y decorado en torno con medallones de contenido mitológico o simbólico; de entre ellos, en el mejor y central se veía la silueta de un negro sátiro enmascarado, que pisaba la doblada nuca de un personaje contorsionado y también enmascarado.

No era fácil apreciar si la nave disponía de mascarón de proa o sólo un simple espolón, puesto que las lonas tapaban aquella parte, con el fin de protegerla durante una reparación o para ocultar deco-

rosamente su condición ruinosa. Como si de una broma marinera se tratara, rudamente pintada o escrita con tiza, a lo largo de la parte de proa de una suerte de pedestal bajo la lona, se leía lo siguiente: «Seguid a vuestro jefe»; mientras que en la deslucida testera estaba escrito en imponentes mayúsculas, doradas en tiempos atrás, el nombre del buque: *Santo Domingo*. Corroídas en vetas por los goterones de óxido de los pernos de cobre aparecía cada letra, y sobre aquel nombre, como lúgubres gasas, vacilaban negros festones de espesas algas que, al ritmo propio de un coche de muertos, seguían el vaivén del casco del navío.

En el momento en que la ballenera logró al fin aproximarse al barco con el auxilio del bichero, su quilla, hallándose todavía unas pulgadas lejos del casco, se rascó como contra un arrecife sumergido de coral. Lo cierto es que se trataba de un enorme racimo de lapas aglomeradas, adheridas a los lados del barco bajo el agua, como si de una verruga se tratara: prueba de las calmas y vientos hallados en aquellos mares.

Ya dentro del barco, el visitante fue rodeado de pronto por una vociferante multitud de blancos y negros. Estos últimos superaban en número a los primeros, algo muy extraño teniendo en cuenta que se trataba de esclavos. Con voz unánime y en el mismo idioma, como si de uno solo se tratase, relataron los sufrimientos pasados, en los que las mujeres negras, de las que había bastantes, superaban en su

dolorosa vehemencia a los demás. El escorbuto y las fiebres habían castigado cruelmente a gran parte de ellos, cebándose sobre todo con los españoles. Estuvieron a punto de naufragar cuando navegaban a lo largo de la costa del Cabo de Hornos. Varias jornadas después, al carecer de viento, quedaron inmovilizados. Mostraban los labios resecos, por la falta de agua y escasez de provisiones.

A la vez que el capitán Delano era el blanco de todas aquellas quejas, él no dejaba de observar con mirada atenta las caras y objetos de alrededor.

Al abordar un navío por primera vez, tan grande y poblado, sobre todo si es extranjero, con una revuelta tripulación como láscares o filipinos, la sensación no es la misma que la de entrar por primera vez en una casa desconocida, en la que habitan desconocidos y en un país extraño. Tanto la casa, con sus muros y postigos, como el barco, con altas bordas como murallas, no muestran su interior hasta el último instante. En el barco además se añade esta circunstancia: la de la representación en vivo que expone, quedando repentinamente al descubierto, en contraste con el despejado océano que lo rodea, como si de un milagro se tratara. El barco no parece real; las extrañas ropas, los gestos y las caras parecen un espectral lienzo surgido de las profundidades, que pronto volverán a recuperar lo que han hecho surgir.

Tal vez algo parecido a lo que se ha pretendido explicar fue lo que en el ánimo del capitán Delano acentuó de manera especial todo lo que pudiera

parecer inaudito en un sosegado examen. En especial, las eminentes figuras de cuatro negros de pelo entrecano, con cabezas como oscuras copas quebrantadas de sauces, que en honorable contraste con la confusión que desde su altitud dominaban aparecían inclinados como esfinges, uno en la serviola de estribor, otro en la de babor, y los otros dos encumbrados en las batayolas sobre los cadenotes de las anclas. Cada uno de ellos sostenía en sus manos restos de jarcia vieja que, con cierto agrado y resignación, deshilaban para hacer estopa, que iban amontonando a un lado. Amenizaban su labor con un canto sordo, monótono y continuo, susurrando y babeando como viejos gaiteros que interpretaran una fúnebre marcha.

El alcázar se elevaba hasta una vasta y alta toldilla, en cuya parte delantera, sentados en fila, como los de la estopa, a unos ocho pies por encima de la multitud, a intervalos regulares, se alineaban otros seis negros con las piernas entrecruzadas. Cada uno de ellos tenía en la mano una herrumbrosa hacha y, como si de aprendices se tratara, su trabajo consistía en limpiarlas con un trozo de ladrillo y un paño. Entre cada uno de ellos, un montón de hachas esperaba ser limpiada, colocadas con los oxidados filos cara arriba. Mientras que los que se dedicaban a la estopa alguna vez, aunque de forma breve, dirigían unas palabras a uno o varios individuos de los que se encontraban abajo, los pulidores de hacha permanecían completamente mudos, ni hablaban entre

ellos, permaneciendo atentos a su cometido, excepto en algún momento en que, impulsados por esa particular afición de los negros a conciliar el trabajo con la diversión, entrechocaban pareja por pareja las hachas, como si de címbalos se tratase, con un énfasis salvaje. Estos seis, al contrario que los demás, conservaban el rudo aspecto de los salvajes africanos sin civilizar.

Sin embargo, aquella primera mirada de conjunto, que incluía a esos diez personajes, como otros grupos importantes, sólo se posó en ellos un momento. Alarmado por el alboroto de las voces, el visitante se volvió a buscar al que pudiera ser el responsable del barco.

Quizá porque no le importara que la realidad se expresara por la voz doliente de su tripulación, o tal vez por desesperar de reprimirla en ese momento, lo cierto es que el capitán español, hombre prudente y de porte distinguido, de edad aún joven a ojos de un extranjero, vestido de forma ostentosa, aunque con huellas evidentes de los recientes insomnios, angustias y devaneos, permanecía apoyado contra el palo mayor, alternando sombrías miradas hacia su alborotada tripulación con ojeadas de desgracia hacia el visitante. Cerca de él se veía un negro no muy alto, en cuyo rostro se reflejaba, cuando alzaba la mirada hacia la del español, como si de un perro pastor se tratara, una mezcla a partes iguales de estima y dolor.

El americano se dirigió al encuentro del español, caminando entre la multitud, y de manera cordial

se ofreció a ayudarlo en todo lo que estuviera a su alcance. El español, de momento, sólo respondió con sinceros gestos de gratitud, puesto que su mal estado de salud disminuía su natural cortesía.

Sin demorarse en cumplidos, el capitán Delano regresó al portalón y ordenó subir a bordo los cestos de pescado. A continuación, como el viento seguía siendo suave, de manera que tendrían que esperar al menos unas horas hasta que pudieran fondear, ordenó a sus hombres que volvieran a su barco y trajeran tanta agua como fuera posible, junto con todo el pan tierno que tuviera el cocinero, todas las calabazas de a bordo, un cajón de azúcar y una docena de botellas de sidra de su propio uso.

Minutos después de que partiera la embarcación, cesó el viento por completo, entre la turbación general, y la cambiante marea comenzó a dirigir sin remedio el buque mar adentro. Creyendo que esta situación no se alargaría mucho, el capitán Delano hizo lo posible para que no cayera el ánimo de aquella gente, sintiendo cierto agrado por poder conversar en su lengua nativa —gracias a sus numerosos viajes por las costas españolas— con quienes se encontraban en tan tremendo aprieto.

Al encontrarse solo entre ellos, no tardó en percatarse de algunas cosas que confirmaron sus primeras intuiciones. Pero pasó de la sorpresa a la compasión hacia negros y españoles por la evidente debilidad que mostraban ante la falta de agua y provisiones. Los muchos sufrimientos habían hecho aflorar las

peores cualidades de los negros, a la vez que debilitaba la autoridad que los españoles ejercían sobre ellos. Dadas tales circunstancias, era lo más normal que podía suceder. No hay nada que debilite más la disciplina como la miseria, ya sea en los ejércitos, las armadas, las familias o las ciudades, incluso en la naturaleza misma. No obstante, el capitán Delano seguía creyendo que si Benito Cereno se hubiera mostrado más enérgico, no se habría llegado al desorden actual. En cualquier caso, era tal la debilidad mostrada por el capitán español, ya fuera natural o como consecuencia de las pruebas sufridas, o tuviera un origen físico o mental, que obviamente no podía pasar inadvertida. Dominado por el desánimo, como si, engañado en demasiadas ocasiones por la esperanza, no quisiera ya confiarse a ella, ni siquiera ahora que había dejado de ser una ilusión, no se apreciaba que pudiera animarse ante la idea de fondear al mediodía, o a la tarde como mucho, con agua para su gente, y un afectuoso capitán para darle consejo y tratarlo como amigo. Su mente parecía trastornada, si no afectada de forma más grave. Recluido entre aquellas paredes de madera de roble, encadenado a la invariable rutina del mando, cuyo carácter inalterable lo abrumaba, se movía lentamente como un abad hipocondríaco, deteniéndose de repente, como pensativo o con la vista fija al frente, mordiéndose los labios o las uñas, enrojeciendo, palideciendo, o retorciéndose la barba, y manifestando otros síntomas propios de una mente abstraí-

da y desconcertada. Este caótico espíritu pertenecía, como ya se explicó, a un cuerpo trastornado igualmente. Era de talla alta, aunque no parecía haber sido nunca robusto, y ahora, debido a los nervios alterados, se había quedado casi como un esqueleto. Últimamente parecía haber aumentado una predisposición a alguna afección pulmonar. Su voz sonaba como si tuviera los pulmones medio destrozados: ahogada por la ronquera y casi transformada en un velado murmullo. No tenía nada de singular que su asistente personal lo siguiera, temeroso, cuando caminaba vacilante en tan mal estado. A menudo el negro tomaba del brazo a su amo, ofreciéndole el pañuelo que sacaba de su bolsillo, y llevaba a cabo estas y otras obligaciones con tanto agrado que daba un toque afectuoso a unos actos cotidianos de por sí. Cualidad que ha otorgado a los negros el prestigio de ser los mejores criados del mundo, de tal forma que el amo no necesita mantener con ellos una estricta superioridad, sino que el trato puede ser familiar y cordial, más como compañeros abnegados que como sirvientes.

Al advertir la estrepitosa indisciplina de los negros en general, así como lo que se percibía como hosca ineficacia de los blancos, el capitán Delano no dejó de advertir con complacencia la siempre amable conducta de Babo.

Nada apartaba al perturbado don Benito de su nebulosa languidez, ni las buenas atenciones de Babo ni el mal comportamiento de los otros. No es que fuera

ésta la impresión causada por el español en el ánimo del visitante. En principio, el capitán Delano estimó el alterado estado del español como una muestra más del abatimiento general que dominaba la nave. Pero no dejó de afectarle lo que por el momento no tenía otro remedio que valorar como hostil desinterés de don Benito hacia él. Los modales del español, además, mostraban una conducta irritable y desdeñosa, que ni siquiera se molestaba en ocultar. El americano, de espíritu caritativo, lo atribuyó a los efectos devastadores de la enfermedad, puesto que en circunstancias similares ya se había percatado de que en ciertos temperamentos el continuo dolor físico anulaba cualquier instinto social y de cordialidad. Parecía como si, obligados al pan negro, estimaran razonable que todos los que se acercaran tuvieran el deber, de algún modo, de participar de su suerte a través de algún ultraje o desdén.

Pronto quedó claro para el capitán Delano que, a pesar de la condescendencia sentida al juzgar al español desde el principio, tal vez no se había mostrado, después de todo, suficientemente generoso. Lo que más le desagradaba, en el fondo, eran las reticencias de don Benito, aunque idéntica actitud mantenía con todos los demás, excepto con su criado personal. Hasta los informes oficiales, que según la costumbre marinera le anunciaba en los momentos pertinentes algún subalterno (ya fuera blanco, mulato o negro), eran objeto de su hostil indiferencia, como demostraba con claras señales de impa-